



Ensayo en forma de balada

Rafael Toriz

*La nieve de Manhattan empuja los anuncios
y lleva gracia pura por las falsas ojivas*
—Federico García Lorca

Las ciudades eternas —aquellas en las que el fulgor es la extensión natural de la mirada— son un prisma que contiene todas las combinaciones imaginables a través de elementos finitos. A semejanza del alfabeto, las posibilidades de la urbe se componen de un número limitado de avenidas, puentes, edificios y plazuelas para configurar escenarios insólitos e irrepetibles, sublimes y nefastos. Hay ciudades prosaicas y otras, por el contrario, son decantadas maravillas. Nueva York, ese gran pretexto para casi todo, es una gema que reluce desde cualquiera de sus flancos. Su historia, arte y política han hecho de la ciudad un todo fragmentario que se reproduce en un océano de representaciones aparentemente inmortal (de ahí que uno de los subgéneros tanto de la literatura como del cine consista, precisamente, en destruirla). Nada como esta ciudad para escuchar algunos ecos romanos e imaginar el arrullo de lenguas que debió ser la Viena de principios del siglo xx. José Juan Tablada, poeta, la bautizó como la Babilonia de Hierro. Miguel Covarrubias, renacentista, entrevió un zoológico fantástico. Para Marius de Zayas, extravagante, fue la puerta de entrada para el arte moderno en el continente americano.

A estas alturas enfrentarse a cualquier idea de Nueva York es un franco disparate (“veinte millones de vidas en todas las combinaciones posibles es demasiado para la vida singular de una persona”, escribió Witold Gombrowicz). Ni la arquitectura, el urbanismo, la ecología o la literatura son suficientes para comprender sus transfiguraciones. Sustancia plástica por excelencia, la metrópoli es siempre un punto de fuga, masa amorfa y *viva* en la que el caos impone una gramática precisa a sus dinámicas





Ilustraciones: Hugo Ramírez

diversas. La ciudad, irreductible, se despliega en cada uno de sus habitantes: coro desaforado de incontables espejismos.

Las metrópolis son el espacio improbable para coexistir en ingentes sociedades que testimonian el maridaje entre la creación y la praxis: Nueva York, a no dudarlo, es un poema de concreto, acero y multitudes. Para Levi-Strauss “es lícito comparar, y no de manera metafórica, una ciudad con una sinfonía o un poema; son objetos de la misma naturaleza. Posiblemente más preciosa aún, la ciudad se sitúa en la confluencia de la naturaleza y el artificio [...] Es a la vez objeto de naturaleza y sujeto de cultura; individuo y grupo; vivida y soñada; la cosa humana por excelencia”. Qué otra cosa puede decirse. Hay ciudades a las que ni siquiera los urbanistas pueden enfrentarse sin arrebato. Rem Koolhaas, ese formidable arquitecto con algo de visionario, pergeñó en los setenta *Delirious New York* —obra verdaderamente extraordinaria—, el único evangelio para una ciudad desaforada: “Manhattan es la Piedra Rosetta del siglo xx”.¹ Para Koolhaas la

arquitectura de la isla es el paradigma de la congestión, un laboratorio mítico donde la invención y el ensayo de la vida metropolitana se tornaron una experiencia colectiva de discontinuidad y permanencia. Habitar la isla ha sido al mismo tiempo construir una teoría: aquella que hizo de la gran manzana la capital absoluta del siglo xx, idea clausurada con los fatídicos hechos del 11 de septiembre. Luego de la violenta entrada al siglo xxi, la concepción de Estado-nación no volvería a ser la misma. Los enclaves urbanos del presente quedaron diluidos en una mundialización que se actualiza y difumina mediante los espacios de la red, no sólo como metáfora sino como realidad concreta: la capital es un círculo cuyo centro está en todas partes y la circunferencia en ninguna.

Ante semejante (ir)realidad —vista la degradación de los antiguos mapas— la cartografía, en lo que tiene de belleza y artificio, nos ha heredado la posibilidad de caminar y sentir la experiencia urbana como aquello que también ha sido: un texto, una ficción y un escenario.

En ese sentido el archipiélago comprendido por el Bronx, Manhattan, Staten Island, Brooklyn y Queens, como ningún otro espacio en el planeta, ha producido toda suerte de estímulos sensibles y emisores de sentido

¹ “En términos de estructura, este libro es un simulacro de la red de Manhattan: una colección de bloques cuya proximidad y yuxtaposición refuerza sus significados individuales”.

para hacer del territorio un lugar infinito. Dentro del alfabeto limitado con que se construyen las ciudades, Nueva York es el delirio. En esta ciudad todo está dicho y todo está por decirse; todo es una foto y a la vez está por reinventarse; todo es una hoja en blanco y también el más curtido palimpsesto. Peter Parker y Carrie Bradshaw deambulan insolentes a lo largo y ancho de la isla, acompañando en esa larga caminata nocturna a Holden Caulfield que en su tristeza eterna de 17 años —la edad en que se descubren las costuras del mundo— se pregunta por la suerte de los patos de Central Park en el invierno, esas mismas aves que debieron empañar la cabeza de David Chapman antes de matar a Lennon y que atribularon a García Lorca al escribir el poema más bello sobre la ciudad y sus entrañas (“Debajo de las multiplicaciones / hay una gota de sangre de pato”). Patos hermosos de los que Rubem Fonseca no se acordó aquella noche de septiembre de 1953 al beber con Dylan Thomas en el Chelsea, horas antes de su muerte. (“Bebía cerveza y whisky, alternados [...] Su rostro era rollizo y vulnerable como un globo sin forma. La voz era levemente gutural, pero sin aristas, velada, aunque mostraba todas las tensiones de su mente. Los escritores alcohólicos son cosa común. Las conversaciones de borrachos no son para tomarse en serio. No le di importancia. Es así como los poetas más jóvenes tratan a los más viejos”). El Chelsea, mítico refugio de Mark Twain, Edgard Lee Masters, Brendam Benham (“a drinker with a writing problem”), William Burroughs, Vladimir Nabokov, Gregory Corso, Arthur Miller, Thomas Wolfe y un vasto etcétera.

Es imposible, o debería serlo, no recorrer la noche neoyorquina con el ánimo trémulo que llevó a los Warriors —en la película de Walter Hill, 1979— a romperse la madre con las pandillas de la ciudad, una epopeya mítica digna del testimonio de Jenofonte; o sentir azorado la triangulación de Ray Liotta, Joe Pesci y Robert De Niro en *Goodfellas* (1990), por mucho la mejor película de gánsters jamás filmada.

Y es que esta ciudad antes fue de Langston Hughes, conde de Toluca. Fue también el escenario de los crímenes combatidos por “Grave Digger” Jones y “Coffin” Ed Johnson, los policías de Harlem soñados por Chester Himes. Nueva York es la infatuación barrial

de Martin Scorsese y las repeticiones machaconas de Woody Allen, el sonido de Héctor Lavoe y el clamor de Reinaldo Arenas violado por una pandilla de negros: Nueva York es Stephen Jay Gould y su inaudita descripción de dinosaurios.

Y, con todo, ¿qué sabemos de Nueva York? ¿Cómo no sentirla, a la manera de Italo Calvino, una parte del cuerpo? Luego de los mejores libros de Paul Auster, ese constructor de nuestra memoria, todos somos neoyorquinos hasta que se demuestre lo contrario: resulta imposible ser extranjero en una isla hecha de islas.

Probablemente la carta de naturaleza de este cielo se encuentre, como el río, a orillas de una canción:

No duerme nadie por el cielo. Nadie, nadie.
 No duerme nadie.
 Las criaturas de la luna huelen y rondan sus cabañas.
 Vendrán las iguanas vivas a morder a los hombres que no sueñan
 y el que huye con el corazón roto encontrará por las esquinas
 al increíble cocodrilo quieto bajo la tierna protesta de los astros.

Manhattan, enero de 2011. 

